

"Alébrate, llena de Gracia"



A los diez días de haber dado comienzo el tiempo de Adviento, la Iglesia nos propone a nuestra meditación la Inmaculada concepción de María. Como decía san Maximiliano María Kolbe, la «Inmaculada concepción» es la mejor definición del ser y de la misión del la Madre del Salvador. Para el mismo santo, mirar a la Inmaculada es descubrir la fuerza y el poder humanizador del Espíritu Santo. Intentado imitar a la Inmaculada, los cristianos hacemos posible que el ese mismo Espíritu transforme de un modo semejante nuestro ser, realice en nosotros y en nuestro mundo su obra humanizadora (divinizadora), ayudándonos a llevar a cabo nuestros mejores deseos de plenitud, libertad, inocencia y felicidad.



Fray Manuel Ángel Martínez Juan
Doctor en Teología - Salamanca

Lecturas

Lectura del libro del Génesis 3, 9-15. 20

Después que Adán comió del árbol, el Señor llamó al hombre: «¿Dónde estás?». Él contestó: «Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo, porque estaba desnudo, y me escondí». El Señor le replicó: «¿Quién te informó de que estabas desnudo? ¿Es que has comido del árbol del que te prohibí comer?». Adán respondió: «La mujer que me diste como compañera me ofreció del fruto, y comí». El Señor dijo a la mujer: «¿Qué es lo que has hecho?». Ella respondió: «La serpiente me engañó, y comí». El Señor Dios dijo a la serpiente: «Por haber hecho eso, serás maldita entre todo el ganado y todas las fieras del campo; te arrastrarás sobre el vientre y comerás polvo toda tu vida; establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu estirpe y la suya; ella te herirá en la cabeza cuando tú la hieras en el talón». El hombre llamó a su mujer Eva, por ser la madre de todos los que viven.

Sal 97, 1-4: Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas.

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas:
su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. R.

El Señor da a conocer su victoria,
revela a las naciones su justicia:
se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel. R.

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad. R.

Lectura de la carta del apóstol San Pablo a los Efesios 1, 3-6. 11-12.

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor. Él nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya. Por su medio hemos heredado también nosotros. A esto estábamos destinados por decisión del que hace todo según su voluntad. Y así, nosotros, los que ya esperábamos en Cristo, seremos alabanza de su gloria.

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 26-38:

El ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alébrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá

fin». Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible». María contestó: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». Y la dejó el ángel.

Comentario bíblico

El Señor hizo en mí maravillas ¡Gloria al Señor!

La festividad de la Inmaculada, en medio del Adviento, desata, religiosamente hablando, todos los resortes más sensibles y utópicos de lo que ha perdido la humanidad. Si analizamos todo ello psicológicamente, habría que recurrir a muchos elementos culturales, ancestrales, pero muy reales, del pecado y de la gracia. El contraste entre la mujer del Génesis que se carga de culpabilidad y la mujer que aparece en la Anunciación, resuelve, desde el proyecto del Dios del amor, lo que las culturas antifeministas o feministas no pueden resolver con discusiones estériles.

Iª Lectura: Génesis (3,9-15.20): El egoísmo del pecado

I.1. La primera lectura de Génesis 3,9-15.20 es la exposición catequética y teológica de un autor llamado "yahvista" (la tesis más extendida), que se limita a poner por escrito toda la tradición religiosa de siglos, en ambientes culturales diversos, sobre la culpabilidad de la humanidad: Adán-Eva. Lo prohibido o lo vedado nos abruma, nos envuelve, nos fascina, nos empapa en libertad desmesurada, hasta que vemos que estamos con las manos vacías. Entonces empiezan las culpabilidades: la mujer, el ser débil frente al fuerte, como ha sucedido en casi todas las culturas, carga con más culpa por parte del varón, pero no por parte de Dios. Y por medio aparece el mito de la serpiente, como símbolo de una inteligencia superior a nosotros mismos, que no es divina, pero lo parece.

I.2. Es muy razonable que debamos desmitologizar muchas cosas del relato, pero eso no quiere decir que esté falto de sentido. Es verdad que hoy no podemos concebir que el "pecado original" consista en comer o no comer de un árbol prohibido. Pero el relato deja ciertas pistas que son elocuentes: el ser humano, instigado por la serpiente, quiere absolutizar su vida, quiere absolutizarse a sí mismo y apoderarse de lo creado como un ser divino, prescindiendo del Dios creador. A la vez, la "experiencia de alteridad" se muestra en que el otro es peor que yo; esto sí que explica muchos males en la historia de la humanidad. Así comienza un camino de despropósitos, sencillamente porque el ser humano, con su chispa divina en el corazón y en el alma, no es nada sin Dios. ¿Quién podrá devolver a la humanidad todo su sentido? Dios mismo, pero cuando la humanidad se abra profundamente a su creador.

I.3. El mal siempre ha sido descrito míticamente. Pero en realidad el mal lo hacemos nosotros y lo proyectamos al que está frente de nosotros, especialmente si es más débil, según la una visión cultural equivocada. ¿Quién podrá liberarnos de ello? Siempre se ha visto en este texto una promesa de Dios; una promesa para que podamos percibir que el mal lo podemos vencer, sin proyectarlo sobre el otro, si sabemos amar y valorar a quien está a nuestro lado; en este caso el hombre a la mujer y la mujer al hombre.

IIª Lectura: Efesios (1,3-6.11-12): Dios nos ha destinado a ser hijos

II.1. La segunda lectura se toma del himno de Efesios. Los himnos del NT se cantaban como confesiones de fe, en alabanza al Dios salvador, que por Jesucristo se ha revelado a los hombres. Esta carta que se atribuye a Pablo, o a uno de sus discípulos mejor, ha recogido este himno en el que se nos presenta a Cristo ya desde los orígenes, antes incluso de la creación el mundo y con Cristo se tiene presente a toda la humanidad. Se alaba a Dios porque, en Cristo, nos ha elegido para ser santos y sin tacha (diríamos sin pecado) en el amor. Como santos nos parecemos a Dios, y por eso estamos llamados a vivir sin la culpabilidad y el miedo del pecado. Esto lo logra Dios en nosotros por el amor. Porque Dios nos ha destinado a ser sus hijos, no sus rivales.

II.2. Por lo mismo, esa historia de culpabilidades entre los fuertes y los débiles, entre hombre y mujer, es atentar contra la dignidad de la misma creación. Cristo, pues, viene para romper definitivamente esa historia humana de negatividad, y nos descubre, por encima de cualquier otra cosa, que todos somos hijos suyos; que los hijos de Dios, hombre o mujer, esclavos o libres, estamos llamados a la gracia y al amor. Esta es nuestra herencia.

Evangelio: Lucas (1,26-38): La respuesta a la gracia, cura el pecado

III.1. El evangelio de la "Anunciación" es, sin duda, el reverso de la página del Génesis. Así lo han entendido muchos estudiosos de este relato maravilloso lleno de feminismo y cargado de símbolos. Aunque aparentemente no se usen los mismos términos, todo funciona en él para reivindicar la grandeza de lo débil, de la mujer. Para mostrar que Dios, que había creado al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza, tiene que decir una palabra definitiva sobre ello. Es verdad que hay páginas en el mundo de la Biblia que están redactadas desde una cultura de superioridad del hombre sobre la mujer. Pero hay otras, como este evangelio, que dejan las cosas en su sitio. Cuando Dios quiere actuar de una forma nueva, extraordinaria e inaudita para arreglar este mundo que han manchado los poderosos, entonces es la mujer la que se abre a Dios y a la gracia.

III.2. Se han hecho y se pueden hacer muchas lecturas de este relato asombroso. Puede ser considerado como la narración de la vocación a la que Dios llama a María, una muchacha de Nazaret. Todo en esta aldea es desconocido, el nombre, la existencia, e incluso el personaje de María. Es claro que, desde ahora, Nazaret es punto clave de la historia de la salvación de Dios. Es el comienzo, es verdad, no es final. Pero los comienzos son significativos. En el Génesis, los comienzos de la "historia" de la humanidad se manchan de orgullo y de miedo, de acusaciones y de despropósitos. Aquí, en los comienzos del misterio de la "encarnación", lo maternal es la respuesta a la gracia y abre el camino a la humanización de Dios. María presta su seno materno a Dios para engendrar una nueva humanidad desde la gracia y el amor. ¿Cómo? Entregando su ser humano a la voluntad de Dios. Querer decir más sería entrar en una elucubración de conceptos y afirmaciones "dogmáticas" que nos alejarían del sentido de nuestro relato.

III.3. El relato tiene todo lo mítico que se necesita para hablar de verdades profundas de fe (si aparece un ángel es por algo); no debemos ser demasiado "piadosillos" en su interpretación. En realidad todo acontece de parte de Dios, pero no en un escenario religioso. Por eso es más asombrosa esta narración que, sin duda, tiene de histórico lo que le sucede a María en su vida. Ella es una criatura marginal que ha sido elegida por Dios, y esto es tan real como histórico. Su hijo será también un judío marginal. Es un relato que no está compuesto a base de citas bíblicas, pero sí de títulos cristológicos: grande, Hijo del Altísimo, recibirá el trono de David su padre. Todo eso es demasiado para una muchacha de Nazaret. Y todo ocurre de distinta manera a como ella lo había pensado; ya estaba prometida a un hombre. Ella pensaba tener un hijo, ¡claro!, pero que fuera grande, Hijo del Altísimo y rey (Mesías en este caso), iba más allá de sus expectativas. Pero sucede que cuando Dios interviene, por medio del Espíritu, lo normal puede ser extraordinario, lo

marginal se hace necesario. Esa es la diferencia entre fiarse de Dios como hace esta joven de Nazaret o fiarse de "una serpiente" como hizo la mítica Eva.

III.4. María de Nazaret, pues, la "llena de gracia", está frente al misterio de Dios, cubierta por su Espíritu, para que su maternidad sea valorada como lo más hermoso del mundo. Sin que tengamos que exagerar, es la mujer quien más siente la presencia religiosa desde ese misterio maternal. Y es María de Nazaret, de nuestra carne y de nuestra raza, quien nos es presentada como la mujer que se abre de verdad al misterio del Dios salvador. Ni los sacerdotes, ni los escribas de Jerusalén, podían entenderlo. La "llena de gracia" (*kejaritóménè*), con su respuesta de fe, es la experiencia primigenia de la liberación del pecado y de toda culpa. Dios se ha hecho presente, se ha revelado, a diferencia del Sinaí, en la entraña misma de una muchacha de carne y hueso. No fue violada, ni maltratada, ni forzada... como otras como ella lo eran por los poderosos soldados de imperio romano que controlaban Galilea. Fue el amor divino el que la cautivo para la humanidad. Por eso, en un himno de San Efrén (s. IV) se la compara con el monte Sinaí, pero el fuego devorador de allí y la llama que los serafines no pueden mirar, no la han quemado. Esta "teofanía" divina es otra cosa, es una manifestación de la gracia materna de Dios.



Fray Miguel de Burgos Núñez
Lector y Doctor en Teología. Licenciado en Sagrada Escritura



Este comentario está incluido en el libro: *Sedientos de su Palabra. Comentarios bíblicos a las lecturas de la liturgia dominical. Ciclos A, B y C.* Editorial San Esteban, Salamanca 2009.

Pautas

• Orígenes de la fiesta

Esta solemnidad se remonta a la fiesta denominada de la Concepción de Ana, que comenzó a celebrarse en Oriente. En un primer momento no tenía relación con la creencia en el carácter inmaculado de esta concepción. Estaba relacionada con las fiestas de la llegada del Señor (adventus Domini), que anunciaban la próxima venida de Cristo Salvador: concepción de Juan bautista (23 de septiembre); nacimiento de la Virgen (8 de septiembre); concepción de la Virgen (9 de diciembre). Un testimonio de esta última fiesta lo encontramos en el canon de San Andrés de Creta (+740). Inspirada por el Protoevangelio de Santiago, la fiesta celebraba el fin de la esterilidad de Ana anunciada por un ángel (de ahí el nombre antiguo de Concepción de Ana, en sentido activo). El significado de esta fecundidad milagrosa se debe a la función tan importante que Dios le concedió a María en la historia de la salvación. En el siglo VIII esta fiesta estaba todavía poco difundida, pero pronto se propagó por todas las iglesias orientales.

En el siglo IX esta fiesta del 9 de diciembre se celebraba en la Italia bizantina, desde donde llegó a los monasterios griegos de Roma.

En el Occidente latino, sólo la Inglaterra anglosajona la celebraba hacia el año 1000, pero el día 8 de diciembre (la manera de contar los días es diferente en griego y en latín). Se desconoce bajo qué influencias los ingleses adoptaron esta celebración. En el momento de la conquista normanda (1066), la mayoría de los prelados anglosajones fueron reemplazados por normandos. Como en Normandía se desconocía esta fiesta del 8 de diciembre la suprimieron pensando que esta celebración se debía a la falta de cultura de los anglosajones.

En el siglo XII algunos anglosajones defendieron enérgicamente esta fiesta que estaba a punto de desaparecer, apoyándose en el argumento del carácter inmaculado de la concepción de María. Así es como apareció la fiesta de la Inmaculada Concepción en el sentido moderno de la palabra, es decir, como preservación del pecado original.

Eadmero, al comienzo de su tratado Sobre la concepción de la bienaventurada María, defendía que es un deber para el cristiano venerar los primeros instantes de la creación de la Virgen, si estos han sido «santos y puros, exentos de herrumbre del pecado y de la corrupción».

Desde entonces, en general, los partidarios de esta fiesta del 8 de diciembre argumentaron a partir de la santidad de la concepción de María y convirtieron esta excepción de pecado desde la concepción en el objetivo de esta celebración. Por el contrario, los adversarios de esta fiesta, entre los que se encuentra san Bernardo de Claraval, argumentaron diciendo que la doctrina de la Inmaculada Concepción no está suficientemente establecida.

Los partidarios de la Inmaculada Concepción hacían remontar el origen de esta fiesta a una revelación hecha a Elsin, abad de Ramsay (diócesis de Worcester), de 1080 a 1087; había sido salvado de un naufragio a condición de que prometiera instituir esta fiesta. No se sabe si realmente la fiesta fue establecida por Elsin. De hecho sólo poseemos testimonios sobre su celebración en Inglaterra alrededor de 1125: en Winchcombe (por primera vez en 1126), en la catedral de Winchester (hacia 1125), en Worcester (hacia 1128), en Gloucester (de 1113-1131), en San Albans (de 1119-1146), etc. El rey de Inglaterra, Enrique I (+1135), mandó celebrar la fiesta en la abadía real de Reading.

Entre los mejores propagadores de la fiesta hay que destacar al sobrino de san Anselmo, Anselmo junior, abad de Bury-S.-Edmond, a partir de 1120; su amigo Eadmero; Osbert de Clare, prior de Westminster, expulsado en 1121 por un abad venido de Normandía.

Hacia 1130 los canónigos de Lyon introdujeron la fiesta en su calendario. Este hecho produjo la indignación de san Bernardo, quien toleraba esta fiesta entre la «gente sin cultura», pero no en «la primera Iglesia de las Galias por la dignidad». San Bernardo esgrime los siguientes argumentos en contra: la fiesta no parece tener otros argumentos que una pretendida revelación divina; las razones teológicas más fuertes (universalidad del pecado original) se oponen a ella; es contraria a la enseñanza de los Padres de la Iglesia y de la Tradición; es una novedad litúrgica; Roma, que debería haber dado su opinión, no ha sido consultada.

En el siglo XIII se convirtió en una gran fiesta normanda y en la universidad de París la eligieron como su fiesta patronal, de ahí que se llegara a denominar «fiesta de los Normandos». Se celebraba también en Lyon y en todas las diócesis de esta provincia eclesiástica; se celebraba igualmente en Lieja y en Anagni (donde el papa participó en ella cuando permaneció en esta ciudad). Sin embargo, en esta época no estaba todavía generalizada en Inglaterra ni tampoco el conjunto de los teólogos estaba de acuerdo con ella, aunque algunos adversarios como santo Tomás de Aquino y san Buenaventura comenzaban a tolerarla dándole como objeto la santificación de María después de su concepción.

En el siglo XIV la fiesta se convirtió en obligatoria en Inglaterra, también se generalizó en Francia y Alemania. En los lugares donde se celebraba la fiesta se comenzó a tomar como lecturas de maitines el tratado tan claro de Eadmero (atribuido a san Anselmo), en lugar del relato legendario y neutro del naufragio del abad Elsin.

En 1708 el papa Clemente XI convirtió la fiesta en obligatoria, pero siempre con el título neutro de Concepción de la Virgen Inmaculada. Con la definición del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854 los textos litúrgicos se quedaron obsoletos. Por eso en 1863 se prescribió la misa *Gaudens gaudebo*, que es una creación litúrgica nueva, pero que toma muchos elementos de Nogarelli.

- *«Ella te herirá en la cabeza...»*

La primera lectura de esta fiesta es una de las más bellas páginas de la Escritura, y viene a proyectar un rayo de luz sobre esa pregunta que de vez en cuando aparece casi instintivamente en nuestro espíritu, la pregunta por el origen del mal: Si todo ha salido bueno de las manos de Dios, ¿de dónde viene el mal? Si Dios es todopoderoso, ¿cómo es posible que exista el mal?

La Escritura, sin desvelarnos completamente ese misterio, nos da algunas pistas para responder a esas cuestiones en la sencilla, pero profunda, narración de la primera caída.

Para salvaguardar el honor del Creador la Escritura afirma rotundamente que el mal no viene de Dios.

Para salvaguardar el honor del ser humano la Escritura afirma que el mal no tiene su origen en el hombre –aunque éste tiene su responsabilidad en su aparición en este mundo–, y, por eso, puede ser redimido y escapar de él.

La Escritura hace entrar en escena un tercer personaje siniestro, el tentador, la serpiente antigua que enreda y complica la obra del Creador.

Esta narración nos aclara también sobre la perversidad del pecado, sobre los efectos que produce. ¡Qué cambios y transformaciones introduce en nuestro mundo! El pecado trastorna y complica todas las relaciones. Trastorna las relaciones con Dios. Si antes de la caída Adán y Eva tenían una relación de confianza y de familiaridad con Dios y vivían como columpiándose en sus brazos, después del pecado ven a Dios como un enemigo peligroso del que hay que esconderse, como una amenaza. ¿Es que Dios ha cambiado entre tanto? Sin duda, no; al menos no ha sido él quien ha comenzado.

Pero el pecado no sólo trastorna las relaciones con Dios, sino de los hombres entre sí y con el resto de la creación. Cuando Dios le pide cuentas a Adán, éste, en lugar de asumir su responsabilidad, culpa a su mujer. Antes de la caída había dicho de ella: «Esto sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne»; palabras que expresan una profunda unidad entre Adán y Eva. Pero después de la caída Adán elude su propia responsabilidad diciendo: «La mujer que me diste como compañera me dio del fruto y comí». Y cuando Dios le pidió cuentas a Eva, ella también se descargó de su responsabilidad acusando a la serpiente.

A pesar de la caída Dios anunció a Adán y Eva el primer evangelio. Dirigiéndose a la serpiente Dios le dice: «la estirpe de la mujer te herirá en la cabeza cuando tú la hieras en el talón». La traducción de la Vulgata dice expresamente: «ella, la mujer, te pisará la cabeza, y le acecharás el calcañal». La tradición ha visto ahí una profecía del mesías, y de María, una apertura a la esperanza.

La entrada del pecado en la historia humana lo ha trastocado todo. Por eso todos nacemos con esta herencia, que explica nuestra tendencia al mal. Como decía un pensador reciente, «nadie viene a este mundo sin maletas». Somos solidarios de la historia que nos precede. Pero Jesucristo ha vencido el mal y ha entregado a la Iglesia las armas para que también ella lo venza.

- *María, aurora de la nueva humanidad*

La virgen María forma parte de esta historia de esperanza. Ella es como la aurora que anuncia el nacimiento de una nueva humanidad victoriosa sobre los poderes del mal. Hoy festejamos que Dios la haya creado toda santa, sin mancha ni arruga, sin pecado. Aunque solidaria de los pecadores, por eso, con razón la Iglesia la invoca como «refugio de los pecadores».

La fiesta de la Inmaculada es la celebración de su santidad, una santidad que comenzó desde el momento de su concepción, y continuó durante toda su existencia. En María nunca hubo sombra de pecado, ni de egoísmo, ni de injusticia; ella nunca se buscó a sí misma. Siempre vivió en comunión perfecta con Dios, no se separó nunca de Dios. Siempre estuvo en armonía con Él. Siempre hubo armonía entre su cuerpo y su alma. Siempre hizo lo que Dios esperaba de ella. En cada instante su voluntad coincidía con el deseo de Dios. Como decía el cardenal Suenes, su voluntad era semejante a las agujas de un reloj que, segundo tras segundo, recorren la esfera, estando siempre donde debe de estar, donde Dios quiere que esté. ¡Qué equilibrio! ¡Qué dominio de sí! La gracia no suprimió en ella la libertad; al contrario la hizo más verdadera. Pues, paradójicamente, cuanto más se deja mover por la gracia una persona, más libre es. La gracia no anula la libertad, sino que la lleva a su más alta perfección.

San Maximiliano María Kolbe, el Caballero de la Inmaculada –como él mismo se definía–, decía entre otras muchas cosas de este misterio: «En el alma de la Inmaculada, el Dispensador de todas las gracias –el Espíritu Santo– habitó desde el primer instante de su existencia, inundándola de tal manera que nadie más habitó en ella, y el nombre de Esposa del Espíritu Santo significa tan sólo un remoto, tenue e imperfecto –aunque verdadero–, esbozo de esta unión». Para san Maximiliano la palabra «inmaculada indica que desde el comienzo de su existencia no se ha encontrado en ella el menor alejamiento de la voluntad de Dios».

María es, después de la humanidad de Cristo, el mejor logro de Dios, su obra maestra. Es la obra de arte de la creación. Del profeta Jeremías se dice que Dios lo santificó antes de salir del seno materno. Y de Juan Bautista se dice que «estará lleno del Espíritu Santo desde el seno materno». En cambio de María la Tradición dice que desde su misma concepción está exenta de pecado gracias a la inhabitación del Espíritu Santo, que siempre trae consigo a toda la Trinidad. Pero, además, la misma Tradición enseña esa exención de pecado a lo largo de toda su vida.

- *María es nuestro molde*

María es la representante de lo que hubiera sido el estado normal del ser humano si no hubiera ocurrido el drama de la caída. Después de la caída María es el molde de lo que Dios quiere hacer de nosotros. Pero lo que en ella se dio desde su misma concepción, en nosotros se dará al final si permanecemos fieles a nuestra vocación radical a la santidad.

El pasaje de la carta de san Pablo a los Efesios de la segunda lectura nos recuerda esta vocación a la santidad. Desde toda la eternidad Dios nos eligió en Cristo para que «fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor». Dios nos ha purificado por la pasión y la resurrección de su Hijo Jesucristo. Dios tiene la iniciativa en el cumplimiento de nuestra vocación radical a la santidad. Sin la redención de Cristo no podríamos alcanzarla por más que nos esforzáramos.

- *La vocación es siempre para los otros*

En el pasaje de la anunciación que se proclama en esta solemnidad podemos descubrir la vocación de María. Como hace con todo ser humano, Dios solicita su colaboración en su plan de salvación, pero siempre respetando con delicadeza la libertad personal. En este caso la vocación de María es excepcional: se trata de gestar en sus entrañas al Salvador del mundo, a Dios mismo hecho carne de su carne. Pero la vocación de María no consiste solamente en gestar y alumbrar al Hijo de Dios, se trata de una consagración, de una

dedicación total a su personal. Antes de dar su consentimiento, María se informa sobre el cómo de la Encarnación. Así se entrega se hace más consciente y responsable.

El don tan singular de María es un don para la Iglesia y para la humanidad entera, pues también ella es madre de todos los hombres. Toda vocación, todo don es para el bien de los otros. María supo poner sus dones a disposición de todos. Por eso, nadie ha colaborado como ella en el plan de salvación llevado a cabo por su hijo Jesús. También los dones que cada uno recibimos debemos ponerlos al servicio de todos, de lo contrario no se desarrollarán plenamente o incluso correremos el riesgo de perderlos.



Fray Manuel Ángel Martínez Juan
Doctor en Teología - Salamanca

Infantil

Inmaculada Concepción - 8 de diciembre de 2009

Evangelio

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres" Ella se turbó ante estas palabras, y se preguntaba qué saludo era aquel. El ángel le dijo: "No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin." Y María dijo al ángel: "¿Cómo será eso, pues no conozco varón?" El ángel le contestó: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible". María contestó: "Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". Y el ángel se retiró

Explicación

El Evangelio de este día festivo presenta a María, la mamá de Jesús, primero sorprendida por una visita inesperada. ¿ De quién ? Después María parece desconcertada por la invitación que recibe. ¿ Por qué ? Luego se muestra interesada en saber cómo será posible lo que la proponen. ¿ Sabrías decir, con el relato en la mano, quien llenó de vida a María ? Y por último María después de dialogar y recibir un poco de luz acepta lo que Dios Padre le pide y responde : QUE SE CUMPLA EN MI VIDA EL DESEO DE DIOS.